



PUBLICACION QUINCENAL GRATUITA PARA LAS CLASES TRABAJADORAS.

AÑO II.

Orihuela 15 de Junio de 1884.

Número 28.

LA FRATERNIDAD SIN DIOS.

En el número anterior decíamos que solo creyendo en Dios como padre, se llega á amar á los hombres como hermanos, de lo cual deducíamos que los que no creen en Dios ó no ven en él más que una fuerza ciega, sorda y muda, jamás pueden ver en sus semejantes sino unos seres á quienes conviene explotar en provecho propio.

Dios manda que *amemos al prójimo como á nosotros mismos* pero este mandamiento es un sacrificio y los sacrificios jamás se hacen sin una razón fundada y poderosa, tan poderosa como grande es el sacrificio que ella impone.

No es extraño que un padre sacrifique la vida por su hijo, porque si esto no se lo manda Dios, en cambio se lo manda su corazón.

No es extraño que un amigo sacrifique á otro amigo su fortuna, porque si esto no se lo exige la caridad, en cambio puede exigírselo el cariño.

Mas llega el caso de hacer otra clase de sacrificios; los que verdaderamente pueden llamarse hechos en aras del prójimo; sacrificios en frío que tal vez van á ser recogidos por el desconocido, el extranjero, el miserable el ingrato; quizá el enemigo. Para esos sacrificios el corazón no ayuda, antes al contrario poniéndose en frente de la voluntad lucha con ella y subiéndose al oído grita con toda la fuerza del egoísmo:

—«Antes que tu no hay nadie. ¿Quién te obliga á sufrir por otro?»

—«Es el deber contesta la conciencia»

—¿Y quién te ha impuesto ese deber replica el corazón?»

¡Ay! del prójimo ¡ay! del desgraciado prójimo, si para ese último argumento no tiene la conciencia en la boca la palabra, Dios. En vano será que en tan supremo instante invoque fantasmas de justicia y sombras de pundonor; no faltará un velo para tapar estos escrúpulos mientras el pobre prójimo cae de bruces contra la esquina.

Tal es, ha sido y será mientras el mundo exista, la historia íntima de la *fraternidad sin Dios*.

Sufre por mí, dicen cada día el enfermo al sano, el pobre al rico, el débil al fuerte, el ignorante al sábio. Y el fuerte y el sábio y el sano y el rico, obligados por la fé y alentados por la

esperanza, llegan á encender el fuego de la caridad y sacrifican en aras del necesitado su dinero su ciencia su poder y su salud. Mas suprimase á Dios como padre, como juez: suprimase esa segunda vida, que es la única esplicacion y compensacion posible de la primera, y entonces se verá á esos mismos esclamar con sobrada razón: ¿á título de qué nos pedís el sacrificio de unos bienes que son los únicos de que podemos gozar? Si nacimos para vivir *un día* y nada mas ¿qué argumento nos convencerá de que debemos sacrificaros una sola hora de ese día que pasa para no volver?

Bien claro puede verse aquí el enlace que hay entre la fé y la caridad. Bien claro puede verse como es imposible que amen bien los que empiezan por creer mal.

No deben, pues, los hijos del pueblo esperar nada de ese fantasma de fraternidad que le ofrecen los que siendo incrédulos ó enemigos de Dios no pueden ser amigos de los hombres.

Cierto que desde las columnas de los periódicos, desde las tribunas y desde los libros esos tales *cantan* hermosas endechas á la *humanidad*, pero hasta los necios van sabiendo ya lo que significan sus cantos.

¿Qué es la filantropía sin fé? un sentimiento aislado y ¿qué son los sentimientos aislados si no aristas que se lleva el viento, estorbos que procuramos los hombres arrancar del corazón al sentir las primeras punzadas de los desengaños.

¡Oh! si los desheredados de la tierra víctimas de la hipocresía revolucionaria que se ha dedicado descaradamente á comerciar con las pasiones del pueblo, pudieran asomarse al corazón de sus embaucadores, verían el abismo de ambición que hay debajo de esas frases huecas que se llaman *fraternidad sin padre, filantropía sin Cristo, humanidad sin Dios*.

Hay que desengañarse de una vez y radicalmente. Sin fé no puede haber redentores porque la fé es el alma de la caridad y la caridad sin alma no es más que una moneda falsa para engañar á los tontos.

Sin fé y solo por sentimentalismo nadie se sacrifica. Sin fé no hubiera habido un San Paulino que emplease toda su hacienda en redimir esclavos y que no teniendo por último otra cosa que dar, se diese á sí mismo para conseguir la libertad del hijo de una viuda.

Sin fé no hubiera arrastrado también las cadenas del cauti-

verio un San Pedro Armengol llegando hasta el martio por salvar á otros cautivos.

Sin fé no hubiera habido un San Juan de Dios, que pasase su vida entre la podre de los hospitales dedicado á cuidar enfermos y que fundase una religion solo para este objeto.

Sin fé no hubiera dedicado su vida entera un S. Vicente de Paul á recoger niños abandonados, ni un José de Calazans se hubiera dedicado á instruirlos ni un Pedro Claver se hubiese sacrificado por el bien de los negros ni miles y miles de mártires hubieran entregado su vida por civilizar regiones salvajes perdonando y bendiciendo á los que los mataban.

¿Cuándo podrán presentar los enemigos de la fé un solo ejemplar verdadero de estas flores puras de la caridad que se siegan á diestro y siniestro en el Campo del Catolicismo? Jamás. Ellos tendrán como dicen sus héroes, pero esos héroes llevan siempre la espada en la mano y la ambicion en el corazon.

Y es que la flor de que hablamos no brota, no puede brotar cuando no ha sido regada por aquella *agua viva que salta hasta la vida eterna* y cuyo único manantial es el corazon de Jesucristo.

Si: el Corazon de Jesús.

¡Ah! ¡quién pudiese dignamente hablar de él! Hé ahí el único libro en que los hombres pueden aprender la difícilísima lección de la fraternidad verdadera, pues en ese libro es donde solo han podido hasta ahora hallarse escritas las sublimes palabras *abnegacion y sacrificio propio*. Palabras terribles que sueñan como un estampido en el oido de los falsos redentores, cuyas predicaciones sirven para todo menos para dar de comer al hambriento, vestir al desnudo y consolar al triste.

¡Abnegacion Cristiana! ¡Fuego devorador que sales de ese horno encendido que se llama el Corazon del Hombre Dios! de ese horno donde se forjan las armas para hacernos la guerra á nosotros mismos, única manera de no hacerla á los demás; de ese horno donde se acrisola el amor y se quema la herrumbe de nuestras pasiones egoistas! ¿Cómo han de comprenderte y menos amarte los que proclaman la santidad de esas mismas pasiones sosteniendo lo que ellos llaman *la rehabilitacion de la carne*? ¿Cómo han de amarte los que en su odio egoista verian tranquilos arder el mundo con tal de poder encender ellos un solo cigarro?

Y sin embargo esos hombres son los que hablan al pueblo de *fraternidad de progreso de cultura y de civilizacion*.

Mas yo preguntaría y pregunto á esos amigos del pueblo y enemigos de Dios.

¿Dónde están vuestras obras?

¿Acaso serán esos hospitales que hace años arrebatasteis á la caridad privada para desamortizar primero sus bienes y sostenerlos despues con el oro de los tributos?

¿Serán esas obras de beneficencia oficial que cuestan siempre más de lo que valen y que cuando valen algo lo deben á la caridad de esas monjas que vuestro odio tampoco perdona y que en Francia os estais apresurando á echar á la calle?

No; aun no son esas vuestras obras. Esas obras las fundaron otros, los frailes, los beatos, los fanáticos como vosotros decís; vosotros no habeis hecho más que despojarlas ó prostituirlas. Vuestras obras, las propiamente vuestras, de vuestra exclusiva invencion y fundacion son los ejércitos permanentes, los cuarteles. Esa es la verdadera obra moderna de vuestra *fraternidad sin Dios*.

El corazon del mundo moderno, de vuestro *idolo*, es el cuartel. A la manera que del corazon de Jesus tambien sale de él la fuerza y el fuego. Solo que es fuerza que cohibe y fuego que mata. Fuerza y fuego que en vez de herirse y quemarse á si mismo á impulsos del amor, hiere y quema á los demás á impulsos de las malas pasiones agitadas por vosotros.

¡Ah! Predicadores de la *fraternidad sin Dios*. Conforme avanzan los dias de este siglo se os va cayendo el yeso de vuestras caretas y vais demostrando lo que sois.

Quiera Dios que el pobre pueblo acabe pronto de conoceros.

Ese dia habrá acabado de derramar su sangre en revoluciones.

Y vosotros, que comerciáis con ella, habreis acabado tambien de hacer vuestro negocio.

Quiera Dios que ese dia llegue pronto.

000.

UNA MÁRTIR DE LA ABNEGACION CRISTIANA.

Vamos á narrar á nuestros lectores un hecho acaecido en Francia en el año 1864, que prueba lo que es capaz de hacer la caridad cristiana cuando penetra aunque sea en el corazon de una débil mujer.

“El miércoles 19 de Setiembre, entre dos y tres de la tarde, cinco de los nietos de Mr. Enri Torchon y señora salian del Castillo de Feuillades, residencia de sus abuelos, para ir á paseo.

“¡Cuán alegres estaban aquellos niños, y cuán á las anchas se prometían correr á través de los bosquecillos, de las alamedas y sotos, que hacian de Feuillades una de las residencias más pintorescas y más agradables de las cercanías de Bourges!...

“El ama de los niños los acompañaba, y además tenian consigo á una religiosa del Buen Socorro que, desde su instalacion en el campo, habitaba en el castillo. Esa buena anciana habia, el invierno anterior, prodigado sus cuidados al más joven de los dos hermanos. Habia cobrado afecto á su pequeño enfermo, y con permiso de su superiora, se guidole á su partida de Paris, á fin de vigilar su convalecencia. Los dos encantadores niños la amaban con igual cariño y no podian dejarla.—“La hermana es mia,” decia el pequeño enfermo á su hermano.—“Es mia tambien...” contestaba éste,—y la Hermana testigo de aquellas amistosas disputas para repartirse sus ternezas, los ponía en breve de acuerdo diciéndoles que queria pertenecer á ambos.

“Debía en aquel mismo dia, domostrárselo algo más que de palabra.

Los cinco niños, hablando, saltando, riendo, se apiñaban alrededor de la Hermana, y parecian querer arrancarle algun objeto.—Y era que tenia entre sus brazos dos lindos pichones blancos, que ambos hermanos habian acostumbrado á ir á comer en sus manos, y que sin asustarse, se prestaban á sus juegos, y las pequeñas primas á quienes esas mansas aves atraian, hacian esfuerzos por arrebatárselas á la Hermana que las defendia lo mejor que podia.

“Habian llegado así hasta el extremo de la gran avenida del castillo. Iban á entrar bajo un oquedal de abetos cuya sombra los tentaba, cuando, de pronto, la mayor de la pequeña banda se detuvo.

“¡Oh, qué perro tan feo!” exclamó.

“Todas las miradas se dirigieron al punto por ella indicado. En el borde de la alameda, un perro negro, con el pelo erizado y la cabeza alargada sobre la tierra, se hallaba acostado, y los miraba fijamente con ojos soturnos que por instantes se iluminaban con reflejos fulgurantes.

“La Hermana reúne á los niños y los quiere hacer volver atrás; pero el perro se levanta con el hocico abierto, y se lanza dando un aullido ronco y siniestro.

“La religiosa comprendió el peligro, y tomó su resolucion.

—“¡Huid! gritó á los niños; ¡huid prontamente!”—mas ella, en vez de huir, corrió al encuentro del animal furioso que se precipitó sobre ella, la mordió y despedazó.

“La lucha fué corta, pero horrible.

“No teniendo nada, absolutamente nada para defenderse contra las mordeduras del feroz animal, y queriendo detenerlo á toda costa, la pobre Hermana cogió con sus dos manos las babosas mandíbulas de aquél, y las mantuvo apartadas una de otra con una fuerza redoblada por el terror que tenia de ver escapársele el perro para correr trás los niños confiados á su custodia.—Y sin pensar en sí en aquel momento terrible, sin prestar atencion á los agudos colmillos que se clavan en sus carnes cada vez que el animal furioso logra cerrar las mandíbulas, grita á los niños que tomaban la gran avenida para huir:—“No paseis por ahí... Abandonad el camino... Entrad en las alamedas del bosque para que el perro no vuelva á veros.”—Y la lucha prosigue; pero los papeles se han trocado. El perro, que habia atacado, hace esfuerzos ahora por defenderse á su vez. Aulla, y con patas y dientes no cesa un punto de desgarrar á la Hermana. Esta siente que las fuerzas se le van... Sus piernas flaquean. Está á punto de sucumbir, y los niños á quienes quiere salvar no están todavia fuera de alcance.—“¡Dios mio, exclama, dadme la fuerza que me falta!”—Y cayendo de rodillas para apoyarse en la tierra, suelta las mandíbulas que tiene sujetas, y abre los brazos para abarcar en pleno cuerpo á su espantoso enemigo.—Mas éste, domeñado por tanto valor, renuncia á la lucha y huye.

“Entonces, solo entonces, al ver sus pobres manos ensangrentadas, sus dedos desgarrados y magullados, sintió aquella heroína del deber que era mujer... Se apoyó en un árbol de la avenida y lloró.

“En el castillo, los abuelos y la joven madre esperaban á los niños.—No tenian inquietud, pues los habian visto partir tan alegres, y además tenian gran confianza en la buena Hermana.

«¡Oh Dios mio, adorable sois en vuestros caminos!... ¡Pero en la hora en que menos lo piensan enviáis la prueba á aquellos á quienes amais, y por medio del dolor purificais su amor!...

«El abuelo miraba hácia el lado de la avenida por donde habian visto alejarse á sus nietos, y los vió llegar rodeando con lianto en los ojos á la Hermana, que tenia sus dos brazos extendidos.—Su corazón se estrecha.—Presiente una desgracia.

«En breve la espantosa verdad es conocida, y todo el castillo llora.

«Pero la Sra. Torchon comprende que no es tiempo aquel de ceder á la emocion. Llamando á su alma de cristiana toda su energia y toda su fé, ordena al cochero que corra á escape en busca del médico; otro criado parte para Bourges, portador de un despacho para la Superiora del Buen Socorro de París; y ella misma mientras llega el médico, procede á la primera cura preconizada en semejantes casos.—Ligaduras en ambos brazos para contener la circulacion de la sangre, lavadas multiplicadas, compresas de álcali en las heridas, y absorcion del mismo en fuerte dosis... nada de lo que podia y debia intentar la prudencia fué perdonado.

«La hermana la dejaba hacer, diciendo: «Estoy perdida! ¡lo siento!... ¡Pero cúmplase la voluntad de Dios!... En cuanto á mí, he hecho «mi deber...»

«Entre tanto, el cochero habia recorrido el camino con toda velocidad, y en veintitres minutos, salvado las tres leguas que separan á Feulardes de Dud-le-Roi. El doctor Vigouroux se apresuró á acudir.

«A su llegada, hizo constar la existencia de diez y siete mordidas en ambas manos; casi todas penetraban profundamente en las carnes, con fracturas de varios dedos. Desde la primera ojeada vió que no habia un minuto que perder para recurrir á los remedios extremos.

«¡Animo! le dijo á la Hermana. No hay peligro. ¡Pero, como medida de precaucion, es menester que se deje usted quemar todo eso!»

«El Dios de bondad me dará valor, dijo ella. Pero ¿por qué tratar de engañarme? Yo sé perfectamente el peligro que corro. ¡Haga usted cuanto quiera, estoy dispuesta!...

«Y armándose con la señal de la cruz, presentó sus manos al médico.—Entonces el hierro enrojado hasta ponerlo blanco hizo su obra. En breve las ensangrentadas heridas fueron reemplazadas por crueles quemaduras...—La mártir oraba... Y mientras sus carnes chirriaban bajo la accion del fuego, suplicaba á Dios que le ayudase á sufrir, y le daba gracias por haberse valido de ella para salvar á los niños á quienes amaba.

«Y sin embargo, en medio del temor que oprimia todos los corazones, y al paso que se recurría á aquel tratamiento enérgico, una última esperanza quedaba.—El perro que habia mordido á la Hermana podia no ser sino un perro extrañado y furioso, y no un perro atacado de la espantosa enfermedad de la rabia.—Mas ese resto de esperanza no habia de tardar en extinguirse.—Se supo que despues de haber abandonado á su victima, se habia arrojado sobre el perro de una posesion dependiente del castillo, [que habia sido perseguido por fechorías semejantes á aquella por la mañana y la vispera, y que en fin, cercado en el camino de Dun-le-Roig, acababa de ser muerto por un jóven de Saint-Just en el momento en que se arrojaba sobre él furioso.

«Monsieur Vigouroux hizo que le llevaran el cuerpo del horrible animal. Auxiliado por un veterinario de Dun-le-Roi, hizo su autopsia y se vió obligado á comprobar que la rabia existia y debia haber llegado á su último período.

«Se ocultó esta triste nueva á la Hermana.—Pero desde entonces se hizo evidente que todo remedio seria ineficaz, y que era menester no confiar sino en Dios.

«El fin de aquel dia y la noche siguiente estuvieron llenos de padecimientos para la victima, y de crueles angustias para los que la asistian.—Al ver á todos los semblantes apesadumbrados en torno suyo, la Hermana encontraba todavia valor para tratar de consolarlos á todos. Bastante sosegada y dueña de sí misma mientras estaba despierta, sus torturas interiores no se ostentaban sino en los raros momentos de adormecimiento que podia tener. Entonces sueños espantosos la agitaban... Exhalaba gritos y en todas partes veía perros rabiosos.

«Desde su regreso al castillo, la Sra. Torchon le prodigaba sus cuidados, pero la Hermana habia manifestado el deseo de volver á París, al seno de su comunidad. En vano el señor y la señora Torchon le hicieron presente los peligros del viaje en el estado de debilidad en que se encontraba, y le ofrecieron alejar á los niños y llamar á Feulardes á algunas de sus compañeras, y al médico cada dia, para velar por ella. Insistió en partir, y esto por caridad: «en su temor, decia, de que si la horrible enfermedad llegaba á sorprenderla, no fuese involuntaria causa de una desgracia.»—Por lo demás, sumisa en eso, como en todo, á la Providencia, consintió en quedarse si su Superiora lo ordenaba.

«Se esperaba á ésta aquella misma noche.—La enfermedad le impidió acudir, por lo que envió á una de sus religiosas con mision de llevar á su querida Hermana á París.

«Habiendo opinado el médico que el transporte hasta Bourges no podia ofrecer peligro alguno, se decidió, segun el deseo de la enferma que su partida se efectuase al dia siguiente. Todas las precauciones fueron tomadas para que no experimentase la más leve fatiga duran-

te el trayecto. El doctor Vigouroux la acompañó para asistirle en caso de accidente imprevisto.—En Bourges el doctor Bercioux, llamado para verla, entró en consulta con su compañero para decidir si el transporte á París era realizable ó si valia más dejar á la buena Hermana en casa de las religiosas de su orden establecida en la ciudad, que se mostraban ardientemente deseosas de retenerla.—Ambos opinaron que la vuelta á su comunidad no podia ménos de ser ventajosa para la enferma, y que el viaje no ofrecia peligro para ella.

«El 21 de Setiembre, dos dias despues de su heroico sacrificio, volvió á entrar la Hermana en su querida casa de la calle de Jacob (París) que habia dejado llena de fuerza cinco meses antes, y á donde volvía para morir.

«Veinte dias trascurrieron durante los cuales ningun sintoma desfavorable se manifestó.—Las quemaduras de las manos empezaban á cicatrizar, y la esperanza peruida renacia en los corazones de cuantos se interesaban por la pobre enferma.

«¿Y cómo no habian de haber esperado? ¡Tantas oraciones habian sido hechas en la capilla de Feulardes, en todas las casas del Buen Socorro, y en todos los santuarios venerados! Mas Dios habia juzgado bueno el sacrificio de la Santa, y tenia prisa de coronarlo.

«El 11 del mes corriente (Octubre), la Hermana fué acometida de vómitos que no cesaron durante tres dias. El Doctor se inquietó no sabiendo á que atribuir aquella indisposicion que no tenia, segun decia, ninguna relacion con la espantosa enfermedad que se temia.—Pero desde el 11 tambien, empezó á sentir una repulsion horrible á todo líquido: la vista de un vaso de agua ó de una cuchara la crispaba: experimentaba por momentos contracciones nerviosas.—Eran aquellos por desgracia, pronósticos acerca de los cuales no era posible equivocarse.—Veíase que padecia, que comprendia su mal; pero la oracion la ayudaba á hacerse dueña de él.—Su calma y mansedumbre no se desmintieron un solo instante.

«El lunes 15 de Octubre, dia de la fiesta de Santa Teresa, á las 8 de la noche, pidió el Sacramento de la Extremauncion.—Recitó el *Confiteor* con el sacerdote.—No permitiéndole sus frecuentes debilidades recibir al Dios de bondad en su corazón, obtuvo que se le llevase el Santísimo Sacramento á su habitacion para que pudiese contemplarle, adorarle, y merecer de él la gracia de bien morir.

«En la noche del 15 al 16, tuvo varias crisis, una de las cuales duró tres horas. Su Superiora y seis religiosas más del Buen Socorro la asistian.—«¡No os acerqueis á mí, Hermanas!... ¡No os acerqueis á mí!...» gritaba. ¡Hay en ello demasiado peligro para vosotras!...

«En medio de la más dolorosa de esas crisis, de rodillas sobre su cama, y con los brazos en cruz, hizo esta sublime plegaria: «¡Oh Dios mio, haced que los niños por quienes muero sean unos buenos cristianos!... «mi sacrificio está hecho... nada os retiro de lo que os tengo dado... Si «hubiese de empezar de nuevo, de nuevo moriria por esos queridos niños [pues los amaba tanto!...»—Y dirigiéndose á sus compañeras: «Hermanas mias les decia, rogad, rogad por mí...»

«En medio de los más violentos accesos, Dios le hizo la gracia de poder siempre contenerse. Tenia un crucifijo en sus manos desgarradas, lo estrechaba sobre su corazón, y no lo dejaba un instante.

«En la mañana del 16 volvió á cobrar la calma, pero era la calma precursora de la muerte. A la una de la tarde, perdió el conocimiento, y se durmió aquí en la tierra para no despertar sino en el cielo.

«El Sr. Cura de San German *des-Prés*, el de Santo Tomás de Aquino y el de Santiago asistian á sus últimos momentos. «Quedaron,» escribia un testigo de aquella muerte tan edificante, «quedaron profundamente afligidos, pero al mismo tiempo profundamente consolados con «tan santa muerte.»—«¡Está en el cielo!» decian los tres... ¡de ello estamos convencidos! ¡Es inútil rogar por ella!»

«El jueves siguiente, á las 10, una turba numerosa acompañaba, en la Iglesia de San German *des-Prés*, su parroquia, á aquella mártir de la caridad cristiana. Los ojos de todos se humedecian; los enternecidos corazones de todos sentian crecer su amor á esa religion que, aun en nuestros dias de egoismo, es capaz todavia de inspirar á débiles mujeres tan virtuosos sacrificios.

«Sor Simplicia, cuyo valor y cuya muerte acabamos de referir, pertenecía á la orden del Buen Socorro de la casa de Troyes. Solo tenia treinta años.

J. BOURNICHON, *Cura de Saint-Just*.

VARIETADES.

LA HOSTIA DE FAVERNEY.

Ofrecemos á la moderna incredulidad, uno de los hechos más asombrosos que registra la historia y que es una de tantas pruebas como ha dado N. S. Jesucristo, de su presencia real en la Eucaristia.

«Erase el 26 de mayo; en la iglesia de Nuestra Señora de Favreney, en el Franco-Condado, habia grande afluencia de fieles, con motivo de una indulgencia plenaria concedida para la festi-

vidad de Pentecostes. Para la solemnidad se había erigido á la entrada del coro un altar de madera, ricamente adornado con cirios, flores y colgaduras, y allí se había expuesto en un rico viril el santísimo Sacramento. Un cirio colocado demasiado cerca de la cortina la pegó fuego y en un instante fué devorado por las llamas el altar con todos sus ornamentos. Mas en breve los gritos del consternado pueblo se trocaron en transportes de admiración y en exclamaciones de alegría cuando se vió el viril que contenía la sagrada Hostia, no solamente respetado por el fuego, sino además *suspendido en el aire, sin apoyo alguno*, en el sitio mismo donde había sido expuesto.

De todas partes afflúa la multitud ansiosa de contemplar aquel gran prodigio, que duró treinta y tres horas consecutivas.

Más de diez mil personas fueron testigos oculares del milagro. Todas las parroquias del contorno acudieron allá en procesion. El martes de Pentecostes por la mañana, habiéndose celebrado una misa solemne en el altar mayor, el viril por su propia virtud fué, despues de la elevacion, á colocarse sobre el altar, á la vista de los asistentes enteramente conmovidos.

Todo esto acaeció en presencia de una inmensa multitud de espectadores, de entre los cuales se escogieron más de cincuenta testigos irrecusables, El arzobispo de Besanzon, Mons. Fernando de Rye, despues de practicadas las más minuciosas informaciones juridicas, mandó imprimir la relacion oficial del milagro de Faverney.

Poco tiempo despues pasó á Faverney san Francisco de Sales, y oró con gran devocion en aquella iglesia donde el Hijo de Dios, nuestro Salvador, acababa de hacer resaltar de una manera tan admirable la realidad de su presencia en el santísimo Sacramento. Tuvo la dicha de venerar la milagrosa Hostia, que ha sido religiosamente conservada, como se acostumbra despues de este genero de divinas manifestaciones. En nuestros dias se la vé aún en la iglesia de Faverney; donde es venerada con un culto que fácilmente se puede concebir.

Nuestro santo Padre el papa Pio IX reconoció hace algunos años solemne y canónicamente la autenticidad del milagro de Faverney, y el 16 de mayo de 1864 Su Eminencia el cardenal Mathieu, arzobispo de Besanzon, promulgó la sentencia del la Santa Sede en la misma iglesia donde había tenido lugar el prodigio.»

El que no vé, es porque no quiere ver.

LA DINAMITA EN LONDRES.

Decididamente, dice un periódico francés, tienen razon los ingleses en temer la dinamita. Varios han sido los atentados de estos dias. Uno de ellos que afortunadamente abortó por haberse apagado la mecha, era terrible. Consistia en un saco de viaje lleno de dinamita y colocado al pié de la columna de Nelson en la calle de Trafalgar. Si el plan no se frustra, el gran monumento de piedra maziza de cien codos de altura, hubiera caido en pedazos sobre los miles de transeuntes y de ómnibus de todas clases que atraviesan por aquel sitio á las nueve de la noche.

Mas si esta explosion ha fracasado, no ha sucedido lo mismo con otras cuatro. Tres en la calle de S. Jaime y una en la residencia central de la policia Great Scotlant Gard. Un susto espantoso; carreras, vidrios rotos, techos hundidos, desboque de caballerias, gases apagados y un puñado de infelices gravemente heridos; tal ha sido el resultado de la hazaña.

Hé aqui el fruto de la *fraternidad sin Dios*, de que hemos hablado antes.

OTRO FRUTO MAS.

Mientras los *hermanos* socialistas de Inglaterra van dando pruebas de su *fraternidad* por medio de la dinamita, los *hermanos* anarquistas de Alemania por no ser menos discurren diabluras en favor de la humanidad.

Acaba de descubrir la policia prusiana en Hannover un saco de patatas infestadas de los terribles insectos conocidos en América con el nombre de *Charenzons* del rio Colorado, especie de filoxera de la patata capaz de arruinar en poco tiempo todas las cosechas de un país. Este saco y otros que se cree han pasado, venia dirigido por los socialistas de América á los anarquistas de Alemania.

No se necesitan comentarios.

SIGUEN LAS BROMAS.

En el periódico americano "Te Exchange" léese la siguiente terrible relacion.

Samuel Tomás, de Jekintonwn, en uno de los arrabales de Filadelfia, daba el 14 de Enero último un banquete á doce amigos suyos. Estando en la mesa, uno de los convidados exclamó: "Estamos trece, lo mismo que la última cena de Cristo."

Risas y aplausos acogieron estas palabras, y Tomás llevando más lejos la sacrilega alusion, dijo: "Yo soy el Salvador, y éste (designando á uno de los convidados) es Judas Iscariote."

En seguida, añade el periódico, dícese que tomó un pan, lo partió y distribuyó entre los asistentes, haciendo así una infame parodia del augusto Sacramento del altar. Acompañó estos actos con blasfemias tan horribles, que hasta sus mismos compañeros se indignaron. De repente se le vió palidecer, llevar la mano á la frente y quejarse de un gran dolor de cabeza, diciendo: "Empiezo á creer que será verdaderamente mi última cena." Se retiró, se metió en el lecho, quejándose de haber recibido un golpe en la cabeza.

Inutilmente se hicieron esfuerzos por descubrir el origen del mal, pocos dias despues se le ha encontrado muerto en su lecho, con el rostro horriblemente contraído por una risa satánica y los ojos fijos con horror en un objeto invisible.

LA VIRTUD Y EL VICIO.

(FÁBULA.)

Con diabólico estruendo,
Por su camino,
El Vicio va corriendo
Con desatino;
Mientras despacio
La Virtud va siguiendo
Su eterno espacio.

Aquel le grita:—«¿Adónde
Corres tan viva?»—
Y la Virtud responde,
Tambien festiva:
—«Repáre el majo
Que yo voy cuesta arriba
Y él cuesta abajo.»

(Fábulas ascéticas.)

PENSAMIENTOS.

El mejor observatorio de las verdades de la vida es aquel en que se colocan los hombres á la hora de la muerte.

Desde él se ven las cosas de un modo bien distinto de como hasta entonces se miraban. Por eso la hora de la muerte es la hora de los grandes arrepentimientos y la de los grandes desengaños.

Muriendo se aprende á vivir. Mas si esta leccion puede aprovechar ya muy poco al que muere, en cambio puede enseñar mucho á los que ven morir.

Desde luego enseña una cosa y es que en la hora de la muerte siempre es la incredulidad la que se arrepiente.

Este argumento vale por un libro de filosofia.

000.

LA LECTURA POPULAR.

Esta publicación tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más fácilmente.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de acción.

Cada acción dá derecho á recibir cien ejemplares de cada número, ó sean doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caserios, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN DIRECTA.

	Península.	América.
Una acción.	4 pesetas mensuales.	5
Media id.	2	2 50
Un cuarto id.	1	1 25
Un octavo id.	50 cénts. "	

Por medio de correspondencia 25 cénts. de peseta más por acción. Se suscribe en la direccion de este periódico BELLOT, S. O. R. HUELA. En Madrid en la de la Semana Católica, Villanueva, 3, bajo y en todas las librerías católicas de la Península y Ultramar.